

AVARICIA

Armando bien podía ser un prototipo de ser humano, o sea el mejor, el que sirve de ejemplo a los demás. Siempre atento y hasta cariñoso con todos, cumplido en su hogar, con su mujer y sus hijos. Magnífico trabajador y ciudadano y además una persona muy culta. La chismosas, que no faltan en los lugares como en el que vivía Armando, batallaban mucho para encontrar algo que decir de él, algo malo por supuesto. Y nunca lo encontraban. Terminaban alabando sus cualidades lo mismo que todos los demás.

Armando era el único que conocía su vicio y tan escondido lo tenía que ni su mujer o sus hijos pudieron ni siquiera sospecharlo alguna vez. Ni siquiera lo sabía el cura del pueblo con el que se confesaba cada treinta días. Es posible que para él el vicio de la avaricia, que es el que tenía, no fuera un pecado y por eso nunca lo dijo al cura. Yo, que lo conocí tanto, dudo mucho que al saberlo no hubiera pedido perdón por él y lo hubiera tratado de evitar. Dicen que los vicios son tan parte de uno que se piensa que todas las personas son iguales, que es como tener dos ojos o dos piernas. Algo con lo que se nace y por lo tanto no es algo malo. ¿O acaso es un pecado tener una boca y dos manos?

Armando, después lo supe por una larga carta que me escribió, se encerraba en su despacho todos los días, iba a decir a piedra y lodo, pero eso ya no existe. Se encerraba bajo llave. Tampoco tenía que tapar las cerraduras para que nadie lo observara desde fuera. Sus cerraduras eran modernas y no tenían esa posibilidad. Después de encerrarse sacaba sus tesoros, los ponía sobre el enorme escritorio y los pasaba uno por uno ante sus ojos. No hubo casi ninguna noche en que no se emocionara con alguno

de ellos, cosa que le hacía derramar algunas lágrimas. A ése lo separaba, lo llevaba a otro lugar para con una fuerte luz poderlo disfrutar con calma.

Unas noches lo único que hacía era contabilizarlos. Siempre empezaba con el número uno para llegar al trescientos ochenta. Ahí se detenía satisfecho. En voz alta repetía el número. Trescientos ochenta. A continuación juraba que antes de morir tendría que llegar a quinientos. No lo logró. En su carta me dice que llegó solamente a cuatrocientos treinta. Al terminar de contar colocaba su tesoro en una forma diferente a como lo había encontrado ese día. El número seis ahora era el doscientos treinta y cuatro. El doscientos treinta cuatro se convertía en el número veintiocho. Y así todos. Después de acariciar a uno por uno volvía a guardarlos en la enorme caja fuerte que tenía. Ya podía irse a dormir satisfecho.

La carta que me escribió, la única que tengo de él, me fue entregada por su viuda varios años después de su muerte. El pretexto que me dio fue que la encontró en un libro, que no sabía que existiera. Después de enterarme del contenido, que, confieso, me emocionó profundamente, volví a su casa. Le pedí a la mujer que abriera la caja. Me dijo que ya no la tenía, que la había vendido a un anticuario de la capital, lo mismo que vendió el escritorio y el sillón donde solía sentarse a contemplar sus tesoros. Le dije a la mujer que Armando había guardado durante años sus bienes y que estos no se podían perder. Me contestó que en la caja no había nada de valor, solo un montón de papeles. Le pedí que me dijera dónde estaban estos pues eran muy importantes. Los tiré todos, me contestó, eran pura porquería. No sé cómo se le ocurrió coleccionar versitos. Si al menos hubiera coleccionado centenarios o algo así.

Y los versitos dichosos eran su tesoro. Años y años de escribir sonetos, cuatrocientos treinta para ser exactos. Sonetos de gran valor si se parecen al único que puso en la carta. Es bellísimo, una mezcla entre Sor Juana Inés de la Cruz y Concha Urquiza.

Si no hubiera sido tan avaro con su tesoro ahora sería el gran poeta de México. Ni siquiera el único se lo pude atribuir a él. Lo llevé a que lo publicaran. En todos lados preguntaban de quién era, le contestaba que de Armando Macías. Nadie me lo creyó. Nunca fue poeta ese hombre, era bueno, eso sí, pero no poeta. Y como no está firmado...No cabe duda que el vicio cobra.

Tomás Urtusástegui

Abril 2006